

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

15, 22, 25 y 29 de diciembre 2019

MD 2019 / 16

HOY
NOS HA
DESCENDIDO
DEL CIELO
LA VERDADERA PAZ.

Domingo 3 de Adviento / A
Domingo 4 de Adviento / A
Navidad
Sagrada Familia / A



HOY,
EN TODO
EL MUNDO,
LOS CIELOS
DESTILAN
MIEL.

(RESPONSORIO DEL OFICIO
DE LECTURA DEL DÍA DE
NAVIDAD)

LA CALENDAS: EL PREGÓN DE NAVIDAD

Os anunciamos, hermanos, una buena noticia,
una gran alegría para todo el pueblo;
escuchadla con corazón gozoso.

Habían pasado miles y miles de años
desde que, al principio, Dios creó el cielo y la tierra
e hizo al hombre a su imagen y semejanza;
y miles y miles de años
desde que cesó el diluvio
y el Altísimo hizo resplandecer el arco iris,
signo de alianza y de paz.

Cerca de dos mil años después de que Abrahán,
nuestro padre en la fe, dejó su patria;
1.250 años después de que los israelitas,
guiados por Moisés, salieron de Egipto;
mil años después de la unción de David como rey;
en el año 752 de la fundación de Roma;
en el año 42 del imperio de Octavio Augusto,
mientras sobre toda la tierra reinaba la paz,
hace 2.019 años,
en Belén de Judá, pueblo humilde de Israel,
ocupado entonces por los romanos,
en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada,
de María virgen, esposa de José,
de la casa y familia de David,
nació Jesús, Dios eterno,
Hijo del eterno Padre y hombre verdadero,
llamado Mesías y Cristo,
que es el Salvador que la humanidad esperaba.

*Este Pregón se proclama en las misas de medianoche y del día de Navidad
(véase hoja para la celebración).*

«VENEREMUR CERNUI», UNA PROPUESTA

La solemnidad del Corpus nos invita a valorar el don del sacramento del altar, el memorial de la muerte y la resurrección de Jesucristo. A vivirlo y a expresarle el máximo respeto. Desde sus orígenes medievales, esta fiesta occidental se ha visto marcada por la himnografía compuesta por santo Tomás de Aquino. No hay Corpus sin que, en latín, en traducciones más o menos fieles o en perífrasis, se cante el himno *Pange, lingua*, con el final *Tantum ergo* mientras se incienso el Santísimo Sacramento. La estrofa invita a la adoración o veneración.

Tal vez esta incensación, que se hace de rodillas, ha condicionado las traducciones litúrgicas del *Veneremur cernui*. Veamos algunas: «Adoremus, postrados» (español), «De genolls, doncs, adorem-lo» (catalán), «Adoriamo, dunque, prostrati» (italiano), «Adorons-le, prosternés» (francés), «Down in adoration falling» (inglés), «Knieet hin und betet an» (alemán).

Como vemos, el español, el italiano y el francés son los que van más allá en la invitación a hacer un gesto, que es en este caso la postración. En inglés queda impreciso si hay que prosternarse o arrodillarse. El catalán y el alemán quedan en medio: arrodillarse.

Digo «en medio» porque muchos no saben que *Veneremur cernui* quiere decir simplemente «Venerémoslo inclinados». Es el gesto que, después de la consagración del Pan y del Vino, las rúbricas prescriben para los concelebrantes. Para los fieles esta prescrip-

ción vale solo cuando hay un impedimento físico para arrodillarse (por el lugar o por dificultad corporal).

Un desafío

Pero desde hace decenios entre nosotros y en muchos lugares del mundo, la excepción se ha convertido en normalidad. Y, cuando se consolida una normalidad, de hecho pasa de ser una práctica *contra legem* a una *praeter legem* (¡no deberíamos presuponer voluntad de transgresión en los fieles que permanecen de pie durante la consagración!). Sí que ya es hora de empezar a revisar si tienen sentido hábitos litúrgicos que ahora se han anquilosado y, a la larga, han empobrecido la expresividad corporal en la liturgia. Y es que el culto cristiano no puede reducirse a una elaboración mental para satisfacer la fe personal, sino que el carácter comunitario de la liturgia exige que actúe el alma y también el cuerpo.

Algunos que se han dado cuenta de esta deficiencia que se ha vuelto congénita, reaccionan apelando al legalismo y reprueban al conjunto de la asamblea cristiana cuando adoptan una posición desafiante («los que nos arrodillamos durante la consagración tenemos razón porque así lo dice el misal»). Esta reivindicación crea un cierto desconcierto para muchos fieles que de buena fe participan en la Eucaristía de acuerdo con los gestos y la dinámica que han vivido siempre o desde hace muchos años.



Es irreverente que los gestos corporales en una celebración sagrada tengan un tono desafiante. Esta situación «testimonial» (?) de arrodillarse en la consagración, situación creciente a causa de la formación que se da en alguno de nuestros seminarios, tiene preocupados a algunos clérigos. Los entiendo perfectamente: un seminarista que pretenda dar lecciones no será un buen pastor el día de mañana. Pero les pregunto (y me pregunto a mí mismo): ¿Es suficiente con que los fieles se queden inmóviles de pie en el momento más sagrado de la celebración y no expresen también corporalmente la veneración hacia los «sagrados misterios»? Mi respuesta es humildemente contundente: ¡no!

Una solución

Por eso opino que no basta con lamentaciones al ver que los clérigos que se están formando se acogen a la letra de la rúbrica y tal vez inviten a los fieles a imitarles. Creo que hay que buscar una solución. Mons. Tena,

como muchos otros clérigos a partir de cierta edad, hacía una profunda reverencia en lugar de genuflexión, y decía con su irónica afabilidad: «Como siempre me he dedicado a la liturgia, ahora todos van a pensar que deben imitarme!».

No, no debemos imitar por mimetismo ni al obispo Tena, ni al papa Francisco, ni a los curas con problemas de rodillas. Pero sí que lo que ellos hacían o hacen por necesidad puede ser provechoso, por otros motivos, a personas que no tienen aquellas limitaciones. A veces las soluciones intermedias son mejores que las extremas de «o todo o nada».

¿El *Veneremur cernui* no podría ser el gesto digno para aquel momento especialmente sagrado de nuestras eucaristías? ¿No sería elocuente ver cómo una asamblea en oración, inclinándose profundamente, se une a los sacerdotes concelebrantes, como suelen practicar los fieles del Oriente cristiano?

BERNABÉ DALMAU

(Publicado en Catalunya Religió, 23 junio 2019)

VIGILIA DE ORACIÓN DE NOCHEVIEJA

En Nochevieja algunas parroquias o comunidades organizan una vigilia de oración, que puede finalizar con una celebración festiva para festejar el nuevo año. Aquí ofrecemos un modelo, con cantos, textos y oraciones. Quien conduzca la oración distribuirá a los tres lectores (lectura del Antiguo Testamento, del Nuevo Testamento, del mensaje del Papa) e irá explicando los diversos momentos.

1. Canto: Danos un corazón (MD 59)

**Danos un corazón grande para amar.
Danos un corazón fuerte para luchar.**

1. Hombres nuevos, creadores de la historia,
constructores de nueva humanidad.
Hombres nuevos que viven la existencia
como riesgo de un largo caminar.

2. Hombres nuevos, luchando en esperanza,
caminantes, sedientos de verdad.
Hombres nuevos, sin frenos ni cadenas,
hombres libres que exigen libertad.

3. Hombres nuevos, amando sin fronteras,
por encima de razas y lugar.
Hombres nuevos, al lado de los pobres,
compartiendo con ellos techo y pan.



2. Introducción

*(Demos gracias a Dios por el año
que acaba, ofrezcámosle el nuevo
año, recemos por la paz...)*

3. Petición de perdón: Perdónanos nuestras culpas (MD 341-2)

(Pidamos perdón por las veces que en este año que acaba no hemos sido lo bastante fieles al Evangelio de Jesús: silencio y canto).

**Perdónanos nuestras culpas.
Señor, pedimos perdón.
Así también al hermano
le damos nuestro perdón.**

1. Dijiste, Señor, que nuestro Padre
perdona nuestras deudas con amor,
si damos nosotros al hermano
la mano otorgándole el perdón.
Ahora, Señor, perdón pedimos,
sabemos de tu grande compasión

y damos a quien nos ha ofendido
la mano otorgándole el perdón.

2. Dijiste, Señor, que al más pequeño
tratemos sabiendo que eres tú.
Que el pobre, el desnudo y el hambriento
son seres en los que vives tú.
Sabemos, Señor, que te ofendimos,
negándole al hermano nuestro amor,
por eso, Señor, perdón pedimos:
queremos un nuevo corazón.

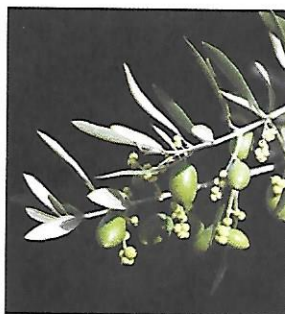
4. Oración *(la leemos todos juntos)*

Señor, en estos días de Navidad y Nochevieja,
antes de que suenen las doce campanadas,
queremos presentarte las esperanzas y los sueños
que tenemos para al año nuevo.

Te damos gracias, Señor,
por todos los beneficios que de ti hemos recibido
en este año que termina.
Perdona lo que te hayamos fallado en estos meses.
Bendícenos cada día y haz que caminemos siempre
por caminos de paz y fraternidad.

De corazón te pedimos, Señor, que acojas en tu Reino
a los que has llamado a ti durante este año.
Ayuda, Señor, a los que,
en medio del ruido y de las luces de estas fiestas,
se sienten solos y vacíos, sin alegría,
o viven en la tribulación y el sufrimiento.

Concédenos que tu luz nos ilumine a todos,
que tu vida nos dé fuerzas
para que, en la marcha veloz del tiempo,
podamos sentir verdaderamente el peso profundo,
misterioso y lleno de esperanza de tu eternidad.



5. Salmo 84 *(lo rezamos a dos coros)*

Señor, has sido bueno con tu tierra,
has restaurado la suerte de Jacob,
has perdonado la culpa de tu pueblo,
has sepultado todos sus pecados,
has reprimido tu cólera,
has frenado el incendio de tu ira.

Restáuranos, Dios Salvador nuestro;
cesa en tu rencor contra nosotros.

¿Vas a estar siempre enojado,
o a prolongar tu ira de edad en edad?

¿No vas a devolvernos la vida,
para que tu pueblo se alegre contigo?

Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.

Voy a escuchar lo que dice el Señor:
«Dios anuncia la paz a su pueblo
y a sus amigos y a los que se
convierten de corazón».

La salvación está cerca de los que lo temen,
y la gloria habitará en nuestra tierra;
la misericordia y la fidelidad
se encuentran,
la justicia y la paz se besan;

La fidelidad brota de la tierra,
y la justicia mira desde el cielo.
El Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra dará su fruto.

La justicia marchará ante él,
y sus pasos señalarán el camino.

6. Lectura del Antiguo Testamento (Números 6,22-27)

El Señor habló a Moisés: «Di a Aarón y a sus hijos: esta es la fórmula con la que bendeciréis a los hijos de Israel: "El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz". Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y yo los bendeciré».

7. Canto: Todos cantamos a ti, Señor: Aleluya (MD 231)

Todos cantamos a ti, Señor: Aleluya.

1. Todos los pueblos alaben tu nombre, el nombre del Señor, porque tu amor a los hombres es fuerte: por siempre fiel es Dios.
2. Gloria a Dios Padre que está en el cielo y a Cristo, el Señor, gloria al Espíritu que vive en nosotros: la gloria a nuestro Dios.

8. Lectura del Nuevo Testamento (Efesios 2,12-19)

Recordad que entonces vivíais sin Cristo: extranjeros a la ciudadanía de Israel, ajenos a las alianzas y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo.

Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí

mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios.

9. Canto: La bondad y el amor del Señor (MD 79)

**La bondad y el amor del Señor
duran por siempre, duran por siempre. (2)**

1. Alabemos al Señor, nos inunda con su amor.
2. Da la paz al corazón, nos inunda con su amor.
3. Se hace nuestro servidor, nos inunda con su amor.

10. Lectura de un fragmento del mensaje del Papa con motivo de la Jornada Mundial de Oración por la Paz (hay que buscar el documento del año correspondiente y escoger un fragmento)

11. Silencio largo

12. Plegarias espontáneas Respuesta: Padre, escúchanos.

13. Padrenuestro

14. Cántico de María (MD 381) *(también se puede rezar)*

El Señor hizo en mí maravillas. ¡Gloria al Señor!

1. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi salvador;
2. Porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones.
3. Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí;
su nombre es santo.
4. Y su misericordia llega a sus fieles de generación
en generación.
5. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los
soberbios de corazón.
6. Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes.
7. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.
8. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia.
9. –Como lo había prometido a nuestros padres– en favor de Abrahán
y su descendencia por siempre.



15. Oración de san Francisco

de Asís *(la leemos todos juntos)*

Señor, hazme un instrumento de tu paz,
donde haya odio, ponga amor,
donde hay ofensa, perdón;
donde hay duda, fe;
donde hay desesperanza, esperanza;
donde hay tinieblas, luz;
donde hay tristeza, alegría.

Oh Divino Maestro,
que no busque yo tanto ser consolado
como consolar,
ser comprendido como comprender;
Ser amado como amar.
Porque dando se recibe;
perdonando se es perdonado.
Y muriendo a si mismo
se nace a la vida eterna.

16. Canto: Habla, Señor, que tu pueblo escucha (MD 76)

Aleluya (2) 1. Habla, Señor,
que tu siervo escucha.
Aleluya. Tú tienes palabras
de vida eterna.
Aleluya, aleluya.

2. Cantaré eternamente las
misericordias del Señor.
3. Contad a todos los pueblos
las maravillas del Señor.
4. Id al mundo entero y
proclamad el Evangelio.

LAS LECTURAS DE LOS DOMINGOS DE ADVIENTO (CICLO A)

Las perícopas evangélicas de los domingos de Adviento asignadas a cada uno de los tres ciclos de lecturas son diversas (Mateo ciclo A; Marcos ciclo B —a excepción del tercer domingo, Juan; y del cuarto, Lucas— y Lucas ciclo C), pero mantienen el mismo tema fundamental: el primer domingo, la venida imprevista del Señor al final de los tiempos; el segundo y el tercero, Juan Bautista (el ministerio y la persona); el cuarto, la prehistoria inmediata del nacimiento del Señor: el anuncio a José (A), la anunciación a María (B) y la visitación a Isabel (C).

Las primeras lecturas de los tres ciclos nos ponen en contacto con las principales profecías mesiánicas: siete textos de Isaías (los cuatro domingos A y los tres primeros domingos C); uno del segundo libro de Samuel (cuarto B), uno de Jeremías (primero C), uno de Baruc (segundo C), uno de Sofonías (tercero C) y uno de Miqueas (cuarto C). Las segundas lecturas de los tres ciclos son textos extraídos de cartas apostólicas: la mayoría tratan de la vigilancia en espera del retorno del Señor.

Primer domingo: El texto evangélico (Mateo 24,37-44) marca el tema de este domingo: la venida del Hijo del hombre al final de los tiempos. Pero hay que relacionarlo con las otras dos lecturas para no quedarnos en una primera impresión del evangelio porque, aunque el acento recae más en la vigilancia que en las catástrofes cósmicas, puede dejar una impresión perturbadora. Isaías (2,1-5) recuerda la promesa de Dios de reunir en la unidad y en la paz a todos los pueblos, que subirán al monte santo del Señor que les enseñará sus caminos, los guiará por sus sendas y pondrá paz entre las naciones. Y acaba con la exhortación a caminar a la luz del Señor.

Exhortación que hallamos en la segunda lectura (Romanos 13,11-14) y en el evangelio, que presentan un condensado de advertencias con verbos imperativos: daos cuenta, despertad del sueño; dejemos, conduzcámonos, además de nada de riñas (segunda); estad en vela, estad también vosotros preparados, o pasará como en tiempos de Noé (evangelio).

Segundo domingo (este año, solemnidad de la Inmaculada Concepción de María): La Anunciación (Lucas 1,26-38), evangelio que cada año leemos dos veces (hoy y el día 20) o tres (domingo cuarto B), es el punto culminante de la historia de Dios con la humanidad. Todo lo que había comenzado lleno de esperanza, con Adán y Eva en el paraíso, acaba con un fracaso abrupto cuando, por su desobediencia, son expulsados (primera lectura: Génesis 3,9-15.20). Pero ya en aquel mismo momento Dios, que ama a sus criaturas, promete una salida a aquella situación. No permitirá que todo se pierda. En esta larga historia está el «no» inicial de los primeros padres (primera lectura) y el «sí» posterior de María (evangelio), la llena de gracia, «inmaculada», no afectada por el pecado de los primeros padres. Con ella, se realiza un paso más, el definitivo, en el plan salvador de Dios para toda la humanidad. Nueve meses antes de la fiesta del nacimiento de María, en pleno Adviento (tiempo mariano por excelencia), celebramos el comienzo de este nuevo capítulo que



se abrirá con el nacimiento de su Hijo, para cuya celebración nos preparamos, escuchando la voz del Bautista que llama a la conversión. Precisamente la segunda lectura (del segundo domingo de Adviento: Romanos 15,4-9) indica el punto de partida de toda conversión: mantener la esperanza gracias a la fuerza y el consuelo que dan las Escrituras, acogernos unos a otros, sin distinciones entre judíos y no judíos, tal como Cristo ha acogido a todos. A partir de ahí podemos llevar a cabo el objetivo fundamental de nuestra conversión: dar gloria a Dios, magnificando al Señor como hizo María.

Tercer domingo: La pregunta que, en el evangelio (Mateo 11,2-11) Juan le hace llegar a través de sus discípulos, Jesús no tiene ninguna necesidad de responderla directamente, deja que hablen sus obras: tanto Juan como sus enviados conocen la profecía de la primera lectura de Isaías (35,1-6a.10). Lo que Jesús describe son signos evidentes de los tiempos mesiánicos que ya han llegado. Seguidamente, Jesús habla con la gente sobre Juan.

La primera lectura está directamente relacionada con el evangelio. Los signos de los tiempos mesiánicos, expre-

sados en futuro en la primera lectura, son los mismos expresados en presente en el evangelio (y también en el salmo).

La segunda lectura (Santiago 5,7-10) exhorta a la paciencia (como la del labrador y la de los profetas) mientras esperamos la venida del Señor, que ya está cerca.

Cuarto domingo: El evangelio (Mateo 1,18-24) describe una escena de la prehistoria inmediata de la encarnación del Hijo de Dios: el anuncio de su nacimiento hecho a José, de la casa de David, anuncio en el que se manifiesta que Jesús es el Hijo de Dios, el Mesías, el Emmanuel («Dios-con-nosotros»).

Esto es el cumplimiento de la profecía leída en la primera lectura (Isaías 7,10-14), a la que respondemos con el salmo 23, que expresa la dignidad divina de aquel que nacerá: Va a entrar el Señor, él es el Rey de la gloria. Y expone las condiciones que se requieren de aquellos que se le quieren acercar: tener el corazón puro y las manos inocentes, no confiar en los ídolos.

En la segunda lectura (Romanos 1,1-7), Pablo se presenta él mismo como destinado a anunciar el Evangelio de Dios prometido por los profetas: Cristo, nacido según la carne de la estirpe de David, establecido en su poder de Hijo de Dios por la resurrección. Subraya así el estrecho vínculo entre Encarnación y Pascua, vínculo que justifica la posibilidad de actualización del misterio del nacimiento de Cristo en la celebración de la liturgia.

LLUÍS PRAT

Llamados a ser santos y santas

Por Bernabé Dalmau, a partir de la exhortación apostólica «Gaudete et exsultate» del papa Francisco

Habla, Señor

Sin embargo, podría ocurrir que en la misma oración evitemos dejarnos confrontar por la libertad del Espíritu, que actúa como quiere. Hay que recordar que el discernimiento orante requiere partir de una disposición a escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas. Solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial o insuficiente, a sus costumbres, a sus esquemas. Así está realmente disponible para acoger un llamado que rompe sus seguridades pero que lo lleva a una vida mejor, porque no basta que todo vaya bien, que todo esté tranquilo. Dios puede estar ofreciendo algo más, y en nuestra distracción cómoda no lo reconocemos.

Tal actitud de escucha implica, por cierto, obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación. No se trata de aplicar recetas o de repetir el pasado, ya que las mismas soluciones no son válidas en toda circunstancia y lo que era útil en un contexto puede no serlo en otro. El discernimiento de espíritus nos libera de la rigidez, que no tiene lugar ante el perenne hoy del Resucitado. Única-

mente el Espíritu sabe penetrar en los pliegues más oscuros de la realidad y tener en cuenta todos sus matices, para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio (*Gaudete et exsultate* 172-173).



Cuando Dios habla es necesario escucharle. Su voz, sin embargo, no siempre será diáfana. Es aquí donde se sitúa el discernimiento. Habrá momentos en los que habrá que tomar decisiones rápidas. Pero generalmente el Señor nos pide que pongamos toda nuestra humildad en intentar adivinar qué quiere él de nosotros. Después de discernir nos podemos equivocar. Pero aún en este caso tendremos la certeza ante Dios y ante nosotros mismos de haber actuado con rectitud y serenidad.

ESCULPIR EN EL TIEMPO

Espacio y tiempo constituyen la doble coordenada fundamental bajo la cual habita y actúa, como ser humano, también el creyente. Así como en las ciudades existen edificios relevantes y en las carreteras señalizaciones que nos orientan en el *espacio*, igualmente sentimos necesidad de momentos diferenciados que nos orienten en el fluir homogéneo del *tiempo*. La naturaleza ofrece sus estaciones en el devenir del año cósmico.

Van Gogh, en una carta a su hermano Theo, veía fácil caracterizar, con los colores fundamentales, las cuatro estaciones del año: «La primavera tiene el nuevo trigo verde tierno y los manzanos rosas en flor. El verano tiene la oposición de los azules con un elemento anaranjado en el bronce dorado de los trigos. El otoño tiene el contraste de las hojas amarillas con los tonos violetas. El invierno tiene la nieve y los menudos personajes negros». La liturgia, por su parte, juega con el blanco de la Pascua y el rojo de Pentecostés, con el morado del Adviento y la Cuaresma, y el verde ecológico de los domingos ordinarios. Así la fe cristiana va *esculpiendo en el tiempo* sus propias estaciones litúrgicas y acuñando,

con su ritmo y variedad, la vida del creyente y de la comunidad.

«No nos bañamos dos veces en las aguas del mismo río» decía Heráclito: la historia no se repite y el ser humano tiene el destino del agua que fluye. Y, sin embargo, a cada nuevo año vuelven los mismos temas, las mismas fiestas, en las mismas fechas. No vivimos el tiempo circular del eterno retorno sino un tiempo histórico, lineal y progresivo, dirigido internamente hacia un fin, hacia un encuentro último. ¿Pero cómo vivir ese tiempo lineal sin los ciclos de retorno y repetición?

Los ritos y las fiestas son señales plantadas en el tiempo; merced a ellos, la existencia humana se convierte en morada habitada por constantes y precisas esperas, que alimentan su esperanza. La celebración festiva genera una peculiar temporalidad: incrementa la intensidad vital, anula la necesidad de un objetivo y enseña a demorarnos a orillas del gran misterio, a la espera de un nuevo nacimiento. Lo intuyó, a su manera, el poeta T.S. Eliot: «Y el final de todo nuestro explorar / será llegar adonde empezamos / y conocer el lugar por vez primera».

XABIER BASURKO

Centre de Pastoral Litúrgica

✉ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LI

Subscripción anual: 80,50 €

Precio de cada ejemplar: 5,00 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975